

LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA DE GUADALUPE DEL TEPEYAC

J.L. MAURICIO PORRAZ

Correspondiente

Es muy importante para la fe de todos los mexicanos y de los Latinoamericanos la devoción, pues ella manifestó su amor y predilección por estas tierras dejando su imagen inexplicablemente estampada con un mensaje lleno de ternura y como una muestra de su inmenso amor.

En un escrito de Antonio Valeriano, discípulo de Fray Bernardino de Sahagún. Conocido como «Nican Mopohua» (Aquí se Cuenta) se tiene la narración de este maravilloso suceso.

Los aztecas tenían conciencia de un señor supremo, pero lo respetaban tanto que no se atrevían a dirigirse a él, por ello idearon muchísimos dioses menores y eran guerreros para capturar prisioneros y sacrificarlos a sus dioses. Los misioneros eran sacerdotes que vinieron de España y que con muchísimos esfuerzos fueron evangelizando, enseñando a conocer, amar e imitar a Jesús en la religión católica y los bautizaran en esta fe.

Entre los primeros bautizados, estuvo un indio muy sencillo, Cuauhtlatoa (el que habla como águila) que tomó el nombre de Juan Diego, que iba todos los sábados a aprender la religión de Cristo y los domingos a misa al pueblo de Tlaltelolco.

El sábado 9 de diciembre de 1531 al pasar por el cerro del Tepeyac, escuchó los cantos de variados pájaros y una dulce voz que le decía en Náhuatl «Juanito el más pequeño de mis hijos ¿a dónde vas? «Al voltear vio a una linda señora morenita que le dijo «Yo soy la Siempre Virgen María Madre del Verdadero Dios, he venido para decirles que quiero que

se me construya un templo aquí, para mostrar y dar mi amor y auxilio a todos ustedes».

La Santísima Virgen pidió a Juan Diego que acudiera con el señor Obispo y le contara lo que ella había dicho.

Cuando el Obispo escuchó el mensaje, no le creyó y fue muy triste a decirle a la Señora Morenita y rogarle que mejor que mejor enviara otro mensajero más importante porque a él no le creían.

La Señora del Cielo insistió en que era necesario que fuera él, y que regresara con el Obispo el domingo. Esta vez el Obispo le dijo que le trajera una señal, es decir, una prueba de que lo que la Señora Morenita decía era verdad.

Juan Diego no pudo ir el lunes porque su tío Juan Bernardino se puso muy enfermo y se quedó cuidándolo.

Fue hasta el martes 12 de diciembre cuando Juan Diego corría a buscar un sacerdote para su tío cuando la Señora Morenita se le apareció y le dijo: «Juanito, Juan Dieguito; ¿No estoy aquí que soy tu Madre? ¿No estás bajo mi sombra? ¿Por qué te preocupas? y le hizo saber que su tío ya estaba curado y le pidió que subiera a la cumbre del cerro a cortar flores y las guardara en su ayate. Juan Diego se sorprendió pues era invierno y en el cerro sólo había piedras. Sin embargo obedeció y encontró una gran variedad de hermosas flores, tal como la Santísima Virgen le había dicho. Las cortó, las puso en su ayate y regresó con la Señora Morenita, ella las arregló con sus lindas manos y le dijo «Hijo mío, el más pequeño, éstas rosas serán la señal que llevarás al Obispo».

Cuando finalmente Juan Diego pudo ver al Obispo, le dijo que traía la prueba que había pedido y al soltar su ayate, las rosas cayeron por el suelo y se estampó inexplicablemente la Imagen de la Santísima Virgen, el Obispo cayó de rodillas y aceptó sin dudar más la solicitud de la Señora Morenita.

El 26 de diciembre se trasladó la imagen a una ermita construida de adobe al pie del cerro del Tepeyac.

En 1754 SS Benedicto XIV nombró a la Santísima Virgen María de Guadalupe, patrona de la Nueva España desde Arizona hasta Costa Rica.

El 12 de octubre de 1895, el Papa León XIII concedió la Coronación Pontificia de la Imagen.

En 1904, San Pío X elevó el Santuario del Tepeyac a Basílica y en 1910 proclamó a la Santísima Virgen María de Guadalupe, Patrona de toda la América Latina.

SS Pío XII en 1945 le dio el título de Emperatriz de América y el 12 de octubre de 1976 se inauguró la nueva Basílica de Santa María de Guadalupe. Se trata del santuario más visitado en el mundo después del Vaticano, se estiman en 18 millones de peregrinos cada año.

Las apariciones de la Santísima Virgen de Guadalupe ocurrieron en 1531, diez años después de la caída de la Gran Tenochtitlán y el fin del Imperio Azteca. A pesar de la conquista no había fusión ni integración, las costumbres, religión; gobierno y el mestizaje llevan un proceso lento y complejo.

La conquista había dejado heridos a los indígenas y los españoles no entendían el valor de la cultura indígena y se presentaban con dos caras; los padres amorosos y buenos (los misioneros) y por el otro los militares y encomenderos que abusaban de los indígenas en diversas formas. Los indígenas veían morir sus tradiciones, sus dioses y sus costumbres y los españoles veían idolatría y pecado en los indígenas. Parecían dos mundos irreconciliables, hasta las apariciones del Tepeyac. La Santísima Virgen María de Guadalupe unificó la visión y fue cuna de la nación mexicana de la actualidad.

Los aztecas tenían muchos dioses tal como lo mencionan López de Gomara, Bernal Díaz del Castillo y Fray Bernardino de Sahagún, quien escribió un capítulo sobre «Los dioses que adoraban los naturales de estas tierras que son la Nueva España» en su monumental obra «Historia General de las cosas de la Nueva España». Una destacaba como diosa madre: Coatlicue-Tonantzin.

El distinguido investigador Justino Fernández en su clásica obra acerca de «Coatlicue, estética del arte indígena antiguo», estudia el enjambre de relaciones cosmogónicas y sagradas sobre esa divinidad.

El mito mexica del nacimiento y primeras hazañas de Huitzilopochtli (colibrí izquierdo) nos permiten ver los alcances del pensamiento azteca, pueblo del sol en torno a Coatlicue y su hijo.

De un modo portentoso la Coatlicue queda embarazada por medio de unas plumas de Colibrí. Al quedar en cinta, sus otros hijos, los Contzon Huiznahua (los 400 surianos) y la Coyolxauqui, identificada con la luna (la

de máscara de cascabeles) se encolerizan viendo a su madre embarazada sin tener ya esposo (algo deshonoroso).

Todo esto ocurrió en Coatepec (montaña de la serpiente), Coyolxauqui (la luna) y sus hermanos (las estrellas) se pusieron en camino para matar a Coatlicue pero Huitzilopochtli, en el seno de su madre le hablaba y la tranquilizaba.

Nació Huitzilopochtli quien se vistió de inmediato con insignias de capitán y armado con una serpiente de fuego decapitó a Coyolxauqui y exterminó a los Centzon Hitznahua.

Coatlicue, diosa de la tierra y diosa madre, representaba una cosmovisión mitificada, también se le llamaba Tonantzin (nuestra madre) cuyo templo estaba en el seno del Tepeyac según indica Fray Bernardino de Sahagún en su obra.

Los críticos anti-guadalupanos, en especial protestantes sugieren que la Santísima Virgen Santa María de Guadalupe no es otra cosa que la Tonantzin de los aztecas, madre de Huitzilopochtli y de los aztecas. Hay ahí una conjunción entre la religión azteca y cristiana, síntesis, no sincretismo como dice Monseñor José Luis Guerrero. El mismo Sahagún condena el culto a la Tonantzin indicando la necesidad de aclarar a los aztecas que sus divinidades son «ídolos diabólicos».

En su libro «Flor y Canto del Nacimiento de México», el mismo Monseñor Guerrero empieza mencionando los orígenes del pueblo azteca, pero el libro culmina con las apariciones de la Señora Morenita, la Santísima Virgen María de Guadalupe.

Para los aztecas en la imagen, ellos vieron al PRIMERO de sus dioses el VERDADERO (Ometeotl) que viene a ellos para darles como madre a su madre. La Madre de Cristo Redentor.

La conquista fue realmente una guerra civil entre los propios indígenas manipulada por el Capitán Hernán Cortés, que durante la noche triste perdió 800 hombres de los 1.800 que llevaba, en la que además murieron muchísimos de sus aliados Tlaxcaltecas. Más adelante la peste azotó Tenochtitlán, la ciudad fue sitiada y después de 93 días de lucha incesante, en la que les cortaron todos los suministros alimenticios.

La Gran Tenochtitlan que en otros tiempos fue la ciudad más poderosa del Anáhuac (México), quedó reducida a sólo un montón de ruinas

y cadáveres, sólo les quedaba llorar amargamente como se ve en los «icnocuicatl» (canto tiste).

Entre tantos templos destruidos, los soldados de Gonzalo de Sandoval destruyeron el templo de Tonantzin (nuestra madre) como menciona Monseñor José Luis Guerrero en su libro «Flor y Canto del Nacimiento de México».

Durante La vida en la Nueva España, se trató de destruir completamente la cultura indígena para «liberarlos» de la idolatría, pero para los indígenas, la religión y devociones de sus antepasados era más importante que su propia vida. Se sentían extrañamente dolidos ante los frailes que se entregaban completamente a ellos como padres amorosos incondicionalmente pero también como verdugos fanáticos que destruían y atacaban la religión de sus ancestros y su cultura sin siquiera intentar comprenderla: «Jamás podremos hacerles comprender y conocer a Dios, mientras de raíz no les hubiéramos tirado todo lo que lucha a la vieja religión de sus mayores» escribe Fray Diego de Guzmán en su «Historia de las Indias» (tomo 1, pag. 5). Lo anterior creó entre misioneros e indígenas un trauma inevitable y profundo.

Para los misioneros, los aztecas eran consideradas idolatras, culpables y pecados destinados al infierno precisamente porque eran fieles a sus dioses y por practicar con sinceridad, devoción y lealtad su propia religión.

Fray Pedro de Gante escribió al rey Felipe II en 1558, (pag. 204 del Códice Franciscano), refiriéndose a los primeros años de evangelización y de esta manera unas veces por bien y otras por mal, se destruyen y quitaron muchas idolatrías... , empero la gente común estaban como animales sin razón, indomables que no los podíamos traer al gremio y congregación de la iglesia, ni a la doctrina, ni al sermón, sino que huían de esto sobremanera». De seguir así las cosas, los indígenas iban camino a la extinción, sin ganas de vivir, sin ninguna salida, vivían un verdadero infierno que no entendían como el sol salía cada mañana, sin necesidad de sacrificios humanos, creían que sus dioses los habían abandonado a pesar de que ellos y sus ancestros los sirvieron fielmente.

¿Qué mente humana en el siglo XVI, bajo la mente inquisitorial de gentes prontas a encender hogueras a la primera sospecha de heterodoxia, con una intransigencia exagerada y radical? ¿Cómo en el suceso del Teyepac la Santísima Virgen María de Guadalupe, pudo lograr una fusión sin

imposición de una manera tan perfecta, discreta y natural como lo hizo? escribe Monseñor Guerrero.

Robert Ricard escribió en «La Conquista Espiritual» en junio de 1932 traducida al castellano por Ángel María Garibay (Ed. JUS México 1947, lib. I, cap. 4, N.º. 2, pág 199)... «es cierto que la media de los bautismos fue mucho más elevada de 1532 - 1536 que de 1524 - 1531».

«... Después, despertaron muchos de ellos (los viejos indígenas) e hicieron iglesias y ahora frecuentan las misas cada día y reciben los sacramentos devotamente», Fray Toribio de Benavente (Motolinía) Historia de los Indios de Nueva España, Trat. 2, Cap. 1, N.º. 190, entre ellos se encontraban Juan Diego y su tío Juan Bernardino.

El mismo Motolinía da una relación del cambio abrupto «como por encanto». En un Monasterio que está en un lugar que se llama Coauhchula, los frailes se determinaron de bautizar a cuantos viniesen... «fue tanta la gente que vino, que si yo por mis propios ojos no lo viera lo osara decir; más verdaderamente era gran multitud de gente la que venía... porque digo verdad, que en cinco días que estuve en aquel Monasterio otro sacerdote y yo bautizamos por cuenta catorce mil y doscientos y tantos, poniendo a todos óleo y crisma, que no nos fue pequeño trabajo. Después de bautizados es cosa de ver el alegría y regocijo...»

Cuando muchos acudieron a otro Monasterio donde sólo bautizaban a niños y enfermos, y se les negó, y a los que se les negó lloraban desconsolados, «pues en ninguna manera nos iremos de aquí sin el bautismo, aunque sepamos que aquí nos tendremos que morir» (Ibidem, cap. 4, N.ºs. 215 y 216).

Fray Jerónimo de Mendieta compara la conversión de la Nueva España con «la gran conversión de herejes en el año de mil y trescientos y setenta y seis, en Bulgaria», dice: «a la conversión y baptismo de esta Nueva España, tanto por tanto comparando los tiempos, pienso que ninguno le ha llegado desde el principio de la primitiva Iglesia hasta este tiempo que nosotros estamos». («Historia Eclesiástica Indiana» libro III, cap. 30, pág. 275).

«Al principio comenzaron a ir de 200 en 200 y de 300 en 300, y siempre fueron creciendo y multiplicándose, hasta a venir a millares, unos de dos jornadas, otros de tres, otros de cuatro, y de más lejos... Acudían chicos y grandes, viejos, sanos y enfermos... tanto era el fervor que traían,

que todos estaban en pie y daban mil vueltas con la memoria el Pater noster, Ave María y Credo... muchos recibían el sacramento con lágrimas»... (Mendieta, en *Historia Eclesiástica Indina* cap. 39, pp. 276-277).

Motolinía en 1537 (6 años después de la aparición en el Tepeyac) menciona que «eran ya los mismos indios que evangelizaban, (*Historia de los Indios... trat 2, cap. 7, N°. 245*).

Fray Juan de Zumarraga en carta al Capítulo General de Tolosa, menciona: «por manos de nuestros religiosos... se han bautizado más de un millón de personas...» como lo escribe Joaquín García Icazbalceta en 1881 documentos, N°. 8, p.61.

Motolinía, en «*Historia de los indios*» dice en *Trat 2, N°. 298*: «y después que esto se ha sacado en blanco se han bautizado más de 500.000 esta cuaresma de 1537, en la sola provincia de Tepeaca se han bautizado por cuenta de 60.000 animas; por manera que a mi juicio y verdaderamente serán bautizaos en este tiempo que digo que serán más de nueve millones de ánimas de indios».

López de Gómara indica que los conversos son varios millones. En su obra ubicada en 1553 dice: «unos dicen que se han bautizado en la Nueva España, 6.000.000 de personas, otros ocho, algunos diez. Mejor acertarían diciendo que no hay por cristianizar persona en 400 leguas de tierra (aprox. 2.400 km.) muy poblada de gente: loado sea Nuestro Señor en cuyo nombre se bautizan...» lo anterior concuerda notablemente con Bernal Díaz del Castillo quien en la *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 209, dice: «...se han bautizado desde que los conquistamos todas cuantas personas había, así hombres como mujeres y niños que después han nacido...».

Los indios como pocos pueblos en la historia, apreciaban tanto su religión como para dar su vida por ella y no en forma de mártires en grupo, sino **TODOS ELLOS**, una nación completa, incapaz de rechazar la vieja regla de la vida hasta que, con el mensaje de Ometeotl, que les entregó la Santísima Virgen María de Guadalupe, pudieron entender que la fe cristiana era un corolario y perfección de la suya misma.

Por fin los indígenas y los españoles, con la Santísima Virgen María de Guadalupe, aceleraron y consolidaron un mestizaje profundo, fuerte y duradero que dio como resultado la Nación Mexicana.